

EL AUSENTE

de

Miguel Aguilar

EL AUSENTE

...El sol seguía atizando con fuerza, en todo lo alto, como un mudo testigo de mi destino.

Levanté la cabeza para mirar por undécima vez en los últimos minutos por si se veía algo que me diera esperanza en mi agonía, pero era inútil, aquella soledad parecía eterna, solo se veía agua y más agua.

Era el tercer día que pasaba en aquella tabla después del naufragio, sin agua, (¡que ironía!), sin comida y ya sin fuerzas para seguir esperando un milagro que no llegaba.

Don Faustino, como le gustaba a él que le llamaran, por lo de haber sido maestro,- don Faustino el maestro, aunque él corregía diciendo que era un alumno de todo y maestro de nada.- A pesar de sus ochenta y seis años siempre seguiría siendo un maestro hasta que sus huesos descansaran en su “parcela”, junto a su añorada mujer que tiempos a hubo de partir, de aquella forma tan inesperada como cruel. Faustino nunca quería hablar de ese tema, solo su mente tenía el privilegio de sentir la presencia y el recuerdo de su compañera como algo tan privado como personal e intransferible, ni siquiera en palabras quería compartir su dolor con nadie, solo su mujer, él, su pena y la dichosa soledad.

Después de una pausa en silencio, alargado más por agotamiento que le producía al asma que por razones de coordinar las palabras, con su mirada turbia y acuosa, siguió contando su “historia”, a los acompañantes, otros octogenarios de su mismo “cuartel” como llamaba a la residencia de la tercera edad, donde coincidieron por distintas razones aquellos días, a la espera de su último “viaje”.

El banco donde estaban sentados, daba al jardín principal de la casa residencia, con un césped bien cuidado y los árboles frondosos y enérgicos danzaban sus ramas más livianas al son de la leve brisa matinal, solo el silencio lo interrumpía el sonido cristalino de la pequeña fuente de jardín, como monótono diálogo de vida.

Sus miradas al frente, como si se tratase de una pantalla de cine donde se reflejaba aquella historia, no había interrupciones, ni preguntas, ni tan siquiera esa mirada de sorpresa, admiración o de incredulidad, solo una voz cansada que narraba y unos torpes oídos que escuchaban.

...sentía que perdía el conocimiento o que me moría, no sabría exactamente explicarlo, lo que sí tenía claro es que todo se acababa.

Me amorróné sobre la tabla, ya no tenía ganas ni de ver, ni sentir, ni vivir, y el tiempo se detuvo en un instante.

EL AUSENTE

Cuando me desperté, no sabía cuanto tiempo había pasado desde mi anterior estado de conocimiento. - Miré a los nativos que me rodeaban con incrédula admiración, estaba dentro de una especie de choza de palmas, tendido sobre una fina y blanca arena, a pesar de estar en una posición relativamente cómoda, me dolía todo el cuerpo, las llagas y quemaduras me hervían en las carnes casi sin piel, a pesar de tener una especie de liquido pringoso que seguramente me restaría algo de sufrimiento en aquellas quemaduras.

Intenté levantarme y no pude, estaba exhausto, no pude moverme, pedí agua, nadie se movió, señal de que no me entendieron, hice el gesto con la mano llevándola a la boca, imitando beber, al momento me trajeron unos cocos con un liquido acuoso, que no era agua, pero para mi era vida.

No supe como llegué a aquel lugar, según me explicaban los nativos con gestos y palabras que no entendía, me señalaban a una mujer y de seguido a un pez, yo entusiasmado le di las gracias a aquella mujer por su gesto de valentía conmigo, pero me corregían e insistían que no era ella sino una mujer del mar, los miraba sin entender o sin creer entender hasta que me hicieron un dibujo en la arena era ¡una sirena!, me había salvado una sirena, esto no se lo va a creer nadie cuando algún día lo cuente, quizás ni yo mismo.

Allí estuve tres meses en aquel paraíso, hasta que un barco japones, de los que pasaban a lo lejos de aquellas pequeñas islas, se acercó lo suficiente para poder solicitar hablar con su capitán por si podían llevarme a tierra firme, al continente. Y así fue, treinta días después desembarque en un puerto y se acabo la aventura de un Robinson andaluz.

Sus miradas seguían fijas en esa pantalla imaginaria por encima de la pequeña fuente, el silencio siguió alargándose por momentos, pero allí, el tiempo era lo único que sobraba (otra ironía de la vida, que es cuando ya no queda tiempo para casi nada, ahora sobra).

Todos sabían que aquello podía ser verdad, un sueño o simplemente una historia leída o inventada, era lo de menos, lo importante es que cada uno contara su pequeña historia, que se sintiera protagonista y héroe por unos instantes en aquellos días de agónica espera.

Luis carraspeó, se quitó las gafas de pasta negra, saco de su bolsillo de la americana un pañuelo de algodón hecho un viejo retal, lo sacudió al aire como para liberarlo de las impurezas y así quedar limpio e impoluto para su misión, limpiar los gruesos cristales de las gafas, a Luis le habían dicho muchas veces que los pañuelos de papel eran mas útiles y efectivos para aquel menester, pero no, no razonaba ni entendía Luis ese mensaje de gentes de hoy en día, no le iban a convencer de que aquel

EL AUSENTE

papel era mejor que su algodón “limpio y planchado”, luego se las volvió a colocar con suavidad, no quería que se le cayeran, pero no se le caerían, su nariz y orejas habían crecido de tal manera que las sujetaban como una propia prolongación de su cara, miró al frente para comprobar que ahora sus ojos cansados y cristales desajustados para sus ojos por el paso del tiempo solo se arreglaba con una poca limpieza, desilusionado comprobaba que seguían estando sucios, tampoco le iban a convencer de que él necesitaba unas gafas nuevas con lentes ajustadas, siempre había usado esas y siempre había visto bien, no iba a cambiar ahora, era cuestión de limpiarlas más.

-Era Febrero, allí estábamos doce soldados del regimiento de infantería numero nueve, agachados sobre el barro y los charcos medio helados, nos arrastrábamos despacio, según el cabo nos iba señalando, teníamos que destruir una avanzadilla del cuerpo enemigo, no sabíamos cuantos eran, pero si que sabíamos que eran más que nosotros. Detrás de unos muros destruidos por los morteros, conseguimos atrincherarnos y con la seguridad que nos producía aquellas ruinas de escombros, pudimos respirar y coger aire unos minutos.

Había que seguir avanzando, era tan fuerte el miedo que no sentíamos el intenso frio que nos rodeaba, sí, teníamos miedo, mucho miedo, no eramos héroes, solo muchachos en una guerra que no habíamos empezado y que teníamos que terminar, y cuanto antes y si era vivo mejor, las balas empezaban a silbar como abejorros, nos aplastábamos contra la tierra como queriendo hacernos parte de ella y desaparecer, la cabeza gacha, usando el casco como defensa, no nos atrevíamos ni a respirar por no movernos y dar pistas al el enemigo. El cabo grito -¡adelante sin miedo!- y fuimos hacia adelante, pero con miedo.

Roberto fue el primero en caer, un chaval de apenas dieciocho años de Almería, aquello nos hundió y enrabetó al mismo tiempo de tal manera que desapareció el miedo tornándose odio y rabia y prolongándose en un valor que yo nunca imaginé que llevara dentro. Disparaba y corría como un poseso hasta que sentí el impacto del plomo en mi brazo izquierdo que como un latigazo me sacudió el hombro, lo miré y no vi mas que una poca sangre entre la tela del tres cuartos, había que seguir avanzando y seguí hasta que una nueva bala se topó con mi cuerpo como destino, fue en la cadera, esta vez si que sentí un dolor extraño y agudo que me inmovilizó casi de inmediato, noté como un liquido caliente me empapaba la carne, una vez que hube recobrado el aliento y las fuerzas me erguí sobre mis rodillas y seguí avanzando y disparando al compás de mis compañeros, ya estábamos casi encima del enemigo tan solo nos separaban una decena de metros y de nuevo una

EL AUSENTE

bala tomó como destino mi muslo derecho, ya no podía moverme, pero si disparar y así lo hice, hasta que me quedé sin munición. De repente los disparos dejaron un silencio casi fantasmal, me rehíce y utilizando el fusil como muleta conseguí caminar hacia el objetivo, los compañeros vitoreaban, habíamos conseguido ganar aquella batalla, pero habíamos perdido a cuatro compañeros, a cuatro amigos, ¡que forma de ganar mas rara se tienen en las guerras¡.

El silencio fue la continuación de las ultimas palabras de Luis, todos seguían mirando esa pantalla imaginaria en aquella fuente solitaria con su ininterrumpido sonido acuoso. No hubo preguntas ni comentarios, solo una atmósfera de lúgubre sentimiento.

-Hace muchos años salvé a una muchacha rusa de un león.- Era Antonio quien hablaba, un personaje un poco excéntrico, que aun conservaba su glamour de antaño, con su estampa esbelta y su peinado limpio y aceitoso en su abundante pelo cano, poco hablador, solo añadía párrafos sueltos a sus historias, se diría que en su dilatada vida había secretos ocultos que le recomían como brasas, le gustaba escuchar, había entrado en ese juego de historias sin reglas porque le parecía mejor hablar de tiempos pasados que de presentes solitarios y aun menos de futuros certeros. -Trabajé en un circo, se escapó un león, y mientras andorreaba, sorprendió a la muchacha rusa que no pudo evitar al animal, no me lo pensé y con un palo que me sirvió de defensa cogí a la muchacha y....se llamaba Ninocha, era trapecista.....- Silencio, Antonio como siempre dejaría la historia a medias, cada uno la seguiría como quisiera, pensaba que si para contar algo con diez palabras bastaba para que utilizar veinte.

-Desde hace unos días me puedo convertir en hombre invisible- el que hablaba era Andrés, un hombre afable, discreto y alegre, con su sonrisa contagiaba a los que le rodeaban, haciéndoles olvidar por momentos sus soledades, sus tristes añoranzas de tiempos pretéritos, sus juventudes perdidas, sus dolores ajenos, que ahora eran propios, era una gota del mejor medicamento para los que le rodeaban, con éxtasis de seguridad le decía que no había que sentirse aislados, vivir nuevos tiempos que otros no tendrán oportunidad de hacerlo. -Y a demás puedo volar, sí , volar como las palomas....- Silencio, los compañeros de banco seguían su ritual silencio. - ...Fue el miércoles cuando desperté de la siesta, animado en exceso, salí al corredor con renovados bríos de adolescente, entré en el sala de la doctora, quería preguntarle sobre el ultimo medicamento, allí estaba con la enfermera, pedí disculpas, ellas no me contestaron y seguían hablando de sus asuntos,

EL AUSENTE

cosa que no quise interrumpir, así se me despedí y cerré la puerta, como veis era totalmente invisible. Y lo de volar, eso....

-El tiempo pasa – dijo Luis mirando su reloj de muñeca-

-¡Un momento que no he terminado! - exclamó Andrés por la interrupción, no era habitual pero ocurrió.

-Si, hay que irse, el almuerzo estará pronto- confirmaba Faustino al mismo tiempo que con quejoso achaque se levantó apoyado en su bastón metálico.

-¡Pero bueno! ¿que pasa hoy? - exclamo Andrés reclamando su oportunidad para seguir su historia de hombre invisible-

Todos se levantaron, con pasmosa lentitud, el silencio volvió a unir los pensamientos que deambulaban por sus mentes cansadas. Con pasos lentos y torcidos encaminaron el corto trayecto hacia el centro, Faustino no pudo evitar unas hebras de liquido en sus ojos arrugados, no era el único que amortiguaba su rencor mas próximo de injusticias cercanas, pero ¿quien eran ellos para pedir justicias? La vida es así, simplemente, no hay explicaciones ni recursos por injustas consecuencias, solo ocurren y basta, lo sabían, pero no por ello era menos doloroso, ni por ser una norma establecida de ante mano, un contrato que firmamos con sangre y que no hay cabida a la deserción.

-No va a ser lo mismo sin Andrés, lo vamos a echar de menos- fue un comentario de Faustino que podría haber sido al unisono.